

¿Está Dios en contra de los gays?

Y otras preguntas sobre homosexualidad, la Biblia y atracción hacia personas del mismo sexo

Sam Allberry



**EDITORIAL
PORTAVOZ**

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en inglés por The Good Book Company con el título *Is God anti-gay? (Revised and Expanded Edition) And other questions about homosexuality, the Bible and same-sex attraction*, © Sam Allberry/The Good Book Company, 2015. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *¿Está Dios en contra de los gays? Y otras preguntas sobre homosexualidad, la Biblia y atracción hacia personas del mismo sexo*, © 2018 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con «NVI» ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «NTV» ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5821-7 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6740-0 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7561-0 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 27 26 25 24 23 22 21 20 19 18

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

Introducción	9
1 La homosexualidad y el diseño de Dios	17
2 La homosexualidad y la Biblia	27
<i>Seguramente, están aprobadas las relaciones entre personas del mismo sexo mientras exista compromiso y fidelidad, ¿no es cierto?</i>	43
<i>Pero Jesús nunca menciona la homosexualidad, entonces ¿cómo puede estar mal?</i>	45
3 La homosexualidad y el cristiano	49
<i>¿No estamos eligiendo a propia discreción qué leyes del Antiguo Testamento aplicar?</i>	68
<i>¿Es pecaminoso experimentar atracción hacia personas del mismo sexo?</i>	71
4 La homosexualidad y la iglesia	75
<i>¿No pueden los cristianos aceptar sus diferencias sobre este tema?</i>	84
<i>¿No es nociva y perjudicial la visión cristiana sobre la sexualidad?</i>	86
5 La homosexualidad y el mundo	91
<i>¿Deberían los cristianos asistir a bodas homosexuales?</i>	98
Conclusión	101
<i>¿Qué debo hacer si un cristiano me dice que siente atracción por alguien del mismo sexo?</i>	104

Introducción



Empecé a entender correctamente mi sexualidad al mismo tiempo que empecé a conocer a Jesucristo.

Estaba cursando mis últimas semanas de escuela secundaria. Los exámenes estaban llegando a su fin, y todos estábamos ansiosos ante la perspectiva de un verano largo y sin estudios. Los últimos meses habían sido agitados, y estaba empezando a enfrentar ciertas verdades incómodas de aceptar. La primera era que es difícil prepararte para los exámenes cuando no has prestado mucha atención en clase. Es difícil repasar lo estudiado cuando «no has estudiado mucho».

La otra verdad era aún más incómoda de aceptar. Siempre había sido alguien que formaba amistades cercanas, pero ahora comenzaba a darme cuenta de que había algo más que eso. Aunque había tenido varias novias, nunca había sentido el mismo tipo de vínculo que tenía con uno o dos de mis amigos más cercanos. A medida que el largo verano transcurría

y había menos cosas que me distraían, esa verdad empezó a carcomerme, y se fue formando un pensamiento en mi mente: *creo que soy gay*.

Ese no fue un planteamiento bienvenido. Quería ser como todos los demás y tener las mismas inclinaciones que todos los demás. Quería sentir atracción por las chicas igual que hacían mis amigos. Y, sin embargo, en lugar de sentir atracción por las chicas *igual que* mis amigos, estaba sintiendo atracción *por* mis amigos.

Fue durante ese mismo período cuando conocí a algunos cristianos por primera vez. Estaba trabajando los sábados por la tarde en una cafetería local administrada por cristianos, y esa era la primera vez que conocía a cristianos de mi edad. Se hicieron mis amigos rápidamente y, después que terminaron los exámenes y yo no tenía nada que hacer, me invitaron al grupo juvenil de su iglesia. Decidí aceptar la invitación. Me caían bien esos muchachos y estaba interesado en saber más acerca de lo que creían. El mensaje de Cristo resultó ser bastante diferente de lo que había imaginado...

El mensaje que escuché

Cuando Jesús comenzó su ministerio público, hizo el siguiente anuncio, que nos lleva directamente al corazón de su mensaje:

Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el

reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio (Marcos 1:14-15).

Jesús dice que el reino de Dios se ha acercado. Sea lo que fuera que Dios había planeado hacer para enmendar los males de este mundo, en *ese momento* estaba a punto de hacerlo. Estaba a punto de comenzar.

Y la respuesta que Jesús busca es **arrepentimiento** y **fe**.

Arrepentimiento significa dar un giro, cambiar el rumbo. La implicación es bastante clara y un poco incómoda: *no estamos yendo en la dirección correcta*. Somos como el anciano sobre el que leí recientemente en nuestro periódico local: en un momento de confusión, en medio de la noche, condujo casi un kilómetro y medio por el lado equivocado de la autopista. Afortunadamente, a esa hora casi no había tráfico en sentido contrario; si hubiera sucedido en el momento de mayor tránsito del día, hubiera sido una historia muy diferente.

Jesús dice que estamos yendo en la dirección equivocada y que nos encontraremos de frente con la hora de mayor tráfico de los propósitos de Dios. Necesitamos cambiar de dirección y alinearnos con lo que Dios está haciendo. Y eso significa **creer en el evangelio**: el anuncio de que, mediante la muerte y resurrección de Jesús, podemos ponernos a cuentas con Dios; que podemos tener un nuevo comienzo y empezar a vivir como Dios siempre quiso que vivamos. Este es su mensaje.

Y es su mensaje para toda la humanidad. Cuando Jesús irrumpió en escena, no subdividió a los seres humanos en categorías y le dio a cada uno un mensaje por separado: uno para los introvertidos, otro para los extrovertidos, uno (con gráficos y puntos analíticos) para los que tienen un hemisferio cerebral izquierdo y otro (con diferentes colores y música ambiental) para los del hemisferio cerebral derecho.

El mensaje de Dios para los homosexuales es el mismo que para todos. *Arrepiéntete y cree*. Es la misma invitación a encontrar la plenitud de la vida en Dios, la misma oferta de perdón y amor profundo, maravilloso y transformador.

«Atracción hacia el mismo sexo» comparado con «gay»

Fue este mensaje el que escuché por primera vez en la iglesia de mis amigos, el mensaje a la luz del cual he intentado vivir desde entonces. Durante todo ese tiempo, como alguien que convive con la homosexualidad, he descubierto que el cristianismo bíblico es una maravillosa fuente de consuelo y alegría. La Palabra de Dios sobre este tema a veces es un poco confusa y compleja para mí. Sin embargo, es profunda y totalmente buena. El evangelio de Jesús es una noticia maravillosa para alguien que experimenta atracción hacia el mismo sexo.

Acabo de usar el término «atracción hacia el mismo sexo», porque el reto inmediato es cómo me describo. En la cultura occidental de hoy, el término

obvio para alguien con sentimientos homosexuales es «gay». Sin embargo, en mi experiencia, ese término muchas veces se refiere a más que la orientación sexual de alguien. Llega a describir una identidad y un estilo de vida.

Cuando alguien dice que es homosexual o, para el caso, lesbiana o bisexual, normalmente quiere decir que, además de sentirse atraído por alguien del mismo sexo, su preferencia sexual es la manera fundamental de verse a sí mismo. Por esa razón tiendo a evitar el uso de este término. Parece incómodo describirme como «alguien que siente atracción hacia personas del mismo sexo»; pero describirme así es una manera de reconocer que el tipo de atracción sexual que experimento no es fundamental para mi identidad. Es parte de *lo que siento*, pero no es *lo que soy* en un sentido fundamental. Soy mucho más que mi sexualidad.

Tomemos, por ejemplo, otro tipo de apetito. Me encanta la carne. Un plato sin una porción de carne de res, sencillamente, no me atrae; pero mi preferencia por la carne no significa que quiera que me perciban principalmente como un «carnívoro». Es parte de mi imagen, pero no representa la fibra íntima de lo que soy. Por lo tanto, prefiero hablar en términos de alguien que experimenta sentimientos homosexuales o atracción hacia el mismo sexo (AMS para abreviarlo a continuación).

Y como alguien en esta situación, lo que Jesús me llama a hacer es exactamente igual a lo que llama a

hacer a otros. Considera otra declaración muy conocida de Jesús:

Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo:
Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame (Marcos 8:34).

Es lo mismo para todos. Debo negarme a mí mismo, tomar mi cruz y seguirlo. Cada cristiano está llamado a hacer un sacrificio costoso. Negarse a sí mismo no significa modificar uno que otro comportamiento. Es decir «no» a tu percepción más profunda de quién eres, por el bien de Cristo. Tomar la cruz es declarar tu vida (como la has conocido) perdida. Es rendir tu vida por la sencilla razón de que, en realidad, tu vida no es tuya en absoluto. Le pertenece a Jesús. Él te hizo y, por medio de su muerte, te ha comprado.

Desde que me he sincerado acerca de mi propia experiencia con la homosexualidad, varios cristianos me han dicho las siguientes palabras, más o menos: «El evangelio debe ser más difícil para ti de lo que es para mí», como si tuviera que rendir más cosas que ellos. Sin embargo, la realidad es que el evangelio exige *todo* de *todos*. Si alguien piensa que el evangelio se ha incorporado a su vida con bastante facilidad, sin causar ningún cambio importante en su estilo de vida o sus aspiraciones, es probable que realmente ni haya comenzado a seguir a Jesucristo.

Así como el costo es el mismo para todos, también lo son las bendiciones. En los últimos años de lidiar



con este asunto, estas palabras de Jesús han llegado a ser unas de mis favoritas:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mateo 11:28).

Esta es una promesa maravillosa. Jesús da a entender que, por nosotros mismos, nos agotamos. Vivir independiente de Dios nos provoca eso. Sin embargo, cuando venimos a Jesús encontramos descanso. No solo el descanso del reposo de una tarde de fin de semana o de largas horas de sueño en un día libre. Jesús se refiere a algo mucho más profundo: un descanso en el sentido de que las cosas con Dios sean como deben ser. Un descanso en el sentido de vivir fieles a lo que realmente somos y cómo Dios quiere que vivamos. Un descanso en el sentido de poder florecer verdaderamente como las personas que Dios diseñó que seamos.

¿Está Dios en contra de los gays? *No.*


Sin embargo, está en contra de lo que todos somos por naturaleza: seres que viven separados de Él y para sí mismos. Está en contra de *esa* persona, sea lo que sea que *esa* persona represente en cada una de nuestras vidas. Sin embargo, puesto que Él es más grande que nosotros, mejor que nosotros y capaz de hacer estas cosas de manera que nosotros no podríamos, Dios también ama a *esa* persona. La ama tanto como para llevar su carga, tomar su lugar, limpiarla, restaurarla y unirla para siempre con Él.

Ser cristiano y vivir como cristiano con AMS plantea todo tipo de interrogantes, preguntas que espero poder tratar en este libro. Mi propia experiencia con la homosexualidad no significa que pueda hablar en nombre de todos aquellos para quienes esto es un problema. A lo largo de los años, he conocido a muchas personas para quienes este no es un tema abstracto. Hombres y mujeres; jóvenes y ancianos; algunos cristianos y otros reacios al cristianismo; algunos que han hablado conmigo en la más estricta confianza y otros que pública y orgullosamente se identifican como gays. Cada una de esas conversaciones ha sido un privilegio. Algunos me han contado historias de doloroso rechazo (en un caso, sus propios compañeros lo escupieron) y otros, de sorpresiva aceptación. En algunos casos he encontrado grandes similitudes con mi propia experiencia y mis sentimientos, y en otros casos ha sido muy diferente. Así que no estoy hablando por otros. En cambio, mi objetivo es tratar de tomar cada pregunta y ver lo que la Biblia dice.

La primera pregunta que cabe aquí es: «¿Qué dice la Biblia de la homosexualidad?», y pronto la abordaremos. Sin embargo, cuanto más estudio la Biblia, más estoy convencido de que lo que dice de la sexualidad tiene más sentido a la luz de lo que dice en general sobre el sexo y el matrimonio.

Entonces, comenzaremos por eso mismo...

La homosexualidad y el diseño de Dios

 **M**uchas personas tienen la idea de que, por alguna razón, la Biblia desaprueba el sexo, como si fuera algo que descubrimos a espaldas de Dios y sin su total aprobación. Sin embargo, Génesis nos muestra algo muy diferente.

Dios hizo al ser humano hombre y mujer, y Dios les ordenó que «sean fructíferos y multiplíquense» (Génesis 1:28, NVI). El sexo fue idea de Dios. No fue un invento de nosotros, sino un regalo de Él. Y Dios no nos lo dio a regañadientes, como si dijera: «Bueno, ahí está, si lo *necesitan*». No, Dios nos dio un medio de reproducción que no solo fuera funcional, sino también intensamente placentero. El sexo es un signo de su bondad.

Génesis 1 y 2 nos muestran los dos propósitos del sexo. Estos capítulos aportan dos explicaciones complementarias sobre la creación. La primera (en

Génesis 1) es una perspectiva general, que describe la creación del mundo físico y toda la vida dentro de él. La segunda (en Génesis 2) aborda la creación del primer hombre y la primera mujer.

En Génesis 1, Dios crea al ser humano a su imagen, y le encomienda la tarea de gobernar la tierra y sus criaturas. En este contexto, la diferencia sexual entre el hombre y la mujer es la reproducción. Aumentar en número les permitirá llenar la tierra y estar presente en todas partes para gobernarla.

Sin embargo, en Génesis 2 las diferencias entre los sexos se presentan desde una perspectiva distinta. Dios primero crea a Adán, pero «no es bueno» que el hombre esté solo. El hombre solo no puede cumplir los propósitos para los cuales Dios lo creó. El remedio para eso es la creación de la primera mujer. En contraste con los diversos animales a los que Adán acaba de ponerles nombre, la mujer era de su misma especie:

Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada (Génesis 2:23).

Ella es semejante a él, como corresponde (*hecha de lo mismo*), y diferente a él, como corresponde (*mujer, en lugar de hombre*). Ella es un ejemplo diferente de la misma especie que él: comparte su misma naturaleza, su misma vocación y su misma vida. Es esta

complementariedad la que produce una profunda unidad entre ellos cuando finalmente se funden en la unión sexual:

Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne (Génesis 2:24).

El propósito del sexo aquí es expresar y profundizar la unidad entre ellos.

Y el escritor deja claro que ya no está hablando de Adán y Eva. No se está refiriendo a la primera pareja humana, por si acaso nos interese nuestra historia familiar antigua. No, su historia es válida para toda la humanidad. Establece un patrón que vemos repetido en cada generación. El escritor se aleja de su entorno inmediato para hacer una observación general: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer...».

Lo que sucedió con Adán y Eva explica lo que ha estado sucediendo desde entonces. El «acople» perfecto entre ambos ha sido la base de todo matrimonio humano desde ese momento. La referencia no es solo acerca de la unión de Adán y Eva, sino de cada unión matrimonial.

El hombre y la mujer se convierten en «una sola carne». Gracias a tantas canciones de amor, escuchar que «los dos se funden en un solo ser» puede sonar un poco cliché a nuestros oídos. Sin embargo, no se trata de describir solo el sentimiento de unión que una

pareja puede experimentar cuando se encuentran en el clímax de la pasión. Es algo objetivo y real. Jesús enseña que Dios es el que une a las parejas en matrimonio y los convierte en una sola carne (Mateo 19:6). Dios mismo produce esta unión entre ellos. Física, psicológica, emocional y espiritualmente, dos personas se funden en un solo ser. Dios lo ha diseñado para que funcione de esta manera.

Y funciona muy bien. El efecto vinculante del sexo en una relación es lo que hace que la ruptura de una relación sexual sea tan dolorosa. No hemos sido diseñados para eso. Y cuanto más se forja y se rompe esa unión, más disminuye nuestra capacidad de permanecer en una profunda unidad.

La sexualidad se parece a una etiqueta adhesiva. La primera vez que la usas, se adhiere bien; pero cuando la despegas y pegas demasiadas veces, pierde su capacidad de adherirse a cualquier superficie. No estamos diseñados para tener relaciones sexuales múltiples. El sexo se vuelve menos relacional, más funcional y menos gratificante como resultado. Los encuentros sexuales casuales parecen inofensivos y divertidos en la mayoría de las series cómicas de televisión, pero las consecuencias en la vida real son mucho más graves: vacío, quebranto y devastación. No deberíamos sorprendernos: el sexo ha sido diseñado para unir irreversiblemente a dos personas.

Entonces, Génesis 1 y 2 nos muestra que Dios está *a favor* del sexo. También nos muestra que el sexo es para el matrimonio.

¿Cómo encaja el matrimonio en todo esto?

En su propia enseñanza, Jesús refuerza la ética sexual de Génesis 1 y 2. Califica toda actividad sexual fuera del matrimonio como mala:

Lo que sale de la persona es lo que la contamina. Porque de adentro, del corazón humano, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, el engaño, el libertinaje, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la necesidad. Todos estos males vienen de adentro y contaminan a la persona (Marcos 7:20-23, NVI).

El término que traducimos como «inmoralidad sexual» es la palabra griega *porneía*, un término general que hace referencia a toda actividad sexual fuera del matrimonio. Tal comportamiento Jesús lo describe como malo y licencioso.

En otros pasajes, Jesús refuerza la persistencia y la exclusividad del matrimonio:

Entonces vinieron a él los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por

tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre
(Mateo 19:3-6).

Jesús subraya lo que ya hemos visto en Génesis. Hemos sido creados hombre y mujer. La humanidad tiene género. No somos solo seres humanos, sino hombres y mujeres. Y esto ha sido así desde «el principio». Siempre lo fue. Sí, el género es algo que los seres humanos interpretamos y expresamos culturalmente, pero no es algo que inventamos o definimos a cabalidad. Así nos creó Dios.

Luego, Jesús nos muestra que esta diferencia sexual es la razón por la que existe el matrimonio. Somos hombres y mujeres: «Por tanto, dejará el hombre...». Es porque somos hombres y mujeres, que tenemos el fenómeno del matrimonio. El matrimonio está basado en el género. El matrimonio no existiría sin las diferencias sexuales entre el hombre y la mujer.

Esta diferencia sexual explica la profundidad de la unión entre el hombre y la mujer. Eva fue creada de Adán: hecha de su cuerpo. La unión de ellos en una sola carne es, por lo tanto, como volver a unir lo que originalmente había sido uno.

Estas verdades nos ayudan a entender algunos de los propósitos del matrimonio en la Biblia:

1. El matrimonio humano debe reflejar algo de la naturaleza de Dios. En el credo más famoso del Antiguo Testamento, a los creyentes se les recuerda que: «Jehová nuestro Dios, Jehová uno

es» (Deuteronomio 6:4). La palabra hebrea particular para «uno» (*ekjád*) no es principalmente una observación matemática: que hay uno, contrario a dos o cinco. Es una afirmación sobre la naturaleza de Dios. Es uno. Hay unidad en Él. Es indivisible. Vemos en la Biblia que este Dios es la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Son tres personas diferentes, pero todo lo que este Dios trino es, hace y dice, está perfectamente integrado. Uno.

Esta misma palabra se usa en Génesis 2:24 para describir la unión del hombre y la mujer en el matrimonio. Se convierten en una sola (*ekjád*) carne. El matrimonio es el medio maravilloso que Dios brindó a la humanidad para que refleje la unidad y la diversidad que se ve en la Trinidad. La unidad de Dios no es semejanza, como si las tres personas de la Trinidad fueran idénticas entre sí. Es unidad en la diferencia, no uniformidad. Y lo mismo sucede con la unión de un hombre y una mujer. Existe este mismo tipo de unidad cuando el hombre y la mujer están unidos de esta manera.

Esto no sucede con el sexo gay. Dos hombres o dos mujeres no pueden convertirse en una sola carne. No pueden llegar a ser uno (*ekjád*) en la forma en que Dios es uno y en la forma en que un hombre y una mujer son uno. Pueden tener una especie de unión, pero no la que solo es posible en un matrimonio heterosexual.

Esto no quiere decir que el compromiso y la fidelidad no puedan estar presentes en una relación homosexual o que existan automáticamente en una relación heterosexual solo en virtud de la heterosexualidad de la

pareja. Conozco a parejas homosexuales en las que hay una lealtad y un compromiso impresionantes, así como me vienen a la mente algunos matrimonios heterosexuales que fallan y fracasan en este aspecto. El problema no es el sentimiento de compromiso que dos personas puedan tener la una por la otra, sino el tipo de unión que Dios concede a un hombre y una mujer cuando llegan a ser físicamente uno. Esta complementariedad es fundamental para el matrimonio. Sin embargo, por lo demás, podemos diferir en el temperamento, el tipo de personalidad, la cultura y el trasfondo; finalmente, es la unión entre el varón y la mujer la que los conduce a la experiencia de ser una sola carne.

2. Esta unión en una sola carne ha sido diseñada como el medio para que Adán y Eva cumplieran el mandato de Dios: «sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra» (Génesis 1:28, NVI). De esta unión surge la posibilidad de una nueva vida: el nacimiento de hijos como resultado. Esto se refleja en el libro de Malaquías, en el Antiguo Testamento: «¿No te hizo uno el SEÑOR con tu esposa? En cuerpo y espíritu ustedes son de él. ¿Y qué es lo que él quiere? De esa unión quiere hijos que vivan para Dios» (Malaquías 2:15, NTV). La procreación no es el único propósito del matrimonio (los que no pueden tener hijos, no por eso están menos casados), pero está claro que la procreación está destinada a tener origen en el matrimonio.



3. El matrimonio humano no solo está destinado a reflejar algo de la naturaleza de Dios. **También está destinado a reflejar la gracia que Dios muestra a su pueblo en Cristo:**

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia (Efesios 5:31-32).

Pablo dice que el matrimonio es un reflejo de la relación que Jesús tiene con la Iglesia. También es una unión entre dos entidades distintas, pero complementarias. La Iglesia no es lo mismo que Cristo, y Cristo no es lo mismo que la Iglesia (¡una verdad maravillosa dadas las imperfecciones de la Iglesia!). Y puesto que Cristo es diferente a los suyos es capaz de atraerlos a Él, comprometerse con ellos y hacer que se unan a Él. El matrimonio humano es un reflejo de este matrimonio supremo y celestial entre Cristo y su pueblo. Es una de las razones por las cuales los cristianos se resisten a permitir que el matrimonio se defina de manera que incluya a las parejas homosexuales. Un hombre y un hombre, o una mujer y una mujer, no pueden reflejar la unión de Cristo y la iglesia; en cambio, solo reflejan a Cristo y Cristo, o Iglesia e Iglesia.

La enseñanza de la Biblia sobre el sexo y el matrimonio es la base de cómo los cristianos deben pensar

sobre el tema de la sexualidad hoy día. La enseñanza del Génesis, que Jesús reforzó y propagó en su propio ministerio, es que el sexo es una buena dádiva de Dios exclusivamente para el matrimonio, y a fin de que el matrimonio cumpla con los propósitos para los cuales Dios lo instituyó, debe ser entre un hombre y una mujer.

Todo lo cual plantea una pregunta importante y urgente: *¿Cómo encaja la homosexualidad en todo esto?*